

Arquitectos

JUAN CHIRVECHES

EN el certificado de defunción de la ciudad tradicional, de la ciudad sosegada, calmada y adecuada a su entorno y a su geografía..., en el certificado de defunción de la ciudad de siempre, que nos gustaría reconocer, pero que ya no reconocemos, cadáver de sí misma, los constructores ponen el papel y la letra; los ayuntamientos, la póliza y el sello; y los arquitectos, la firma y la rúbrica.

En la muerte violenta de nuestros pueblos y ciudades, los promotores o constructores ponen el arma, los alcaldes y concejales arriman la munición y los estudios de arquitectura ejecutan.

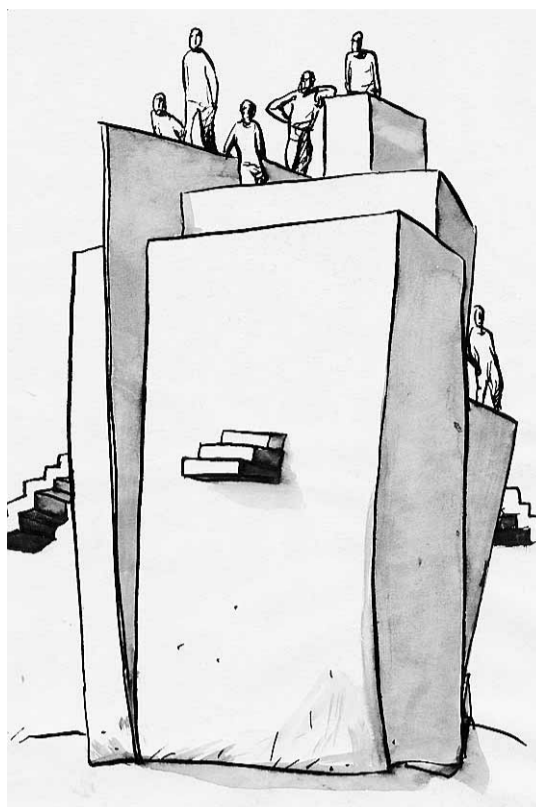
Desde hace ya muchas décadas, asistimos impotentes al interminable entierro de pueblos y de ciudades bajo planchas uniformadas de hormigonajo, de ladrillajo y de cementón. Constructores, concejales y alarifes entierran cada día la tipología de siglos, reconocible y única, la estética singular de nuestros núcleos de población; y sobre su sepultura levantan voluminosos e impersonales espantajos de piedra, todos iguales, todos miméticos, todos construidos por los más desaprensivos y codiciosos constructores y todos diseñados por los más torpes y tardíos imitadores del estilo Internacional.

Y todos autorizados, y con licencia, o no, por ayuntamientos en cuyas sedes ha venido anidando, como si tal cosa, la corrupción, la rapiña, el pésimo gusto y el atentado urbanístico contra la esencia y contra la estética, reconocible y reconocida, de sus propios pueblos.

Constructores, ayuntamientos y arquitectos, en compañía, se adueñan de nuestras ciudades y actúan sobre ellas a capricho (y a interés), a espaldas de la gente, autorizando modificaciones en alturas y en tipologías; transformando el caserío hasta dejarlo irreconocible y ajeno a su paisaje y a sus habitantes; permutando sus bellísimos y sencillos edificios populares por vulgares construcciones de presencia agresiva y estética de arrabal.

Constructores, ayuntamientos y arquitectos, metidos en la misma botella, forman un cóctel explosivo que hace saltar por los aires, cada día, el espíritu de nuestros pueblos, aquilatado por los siglos, para embutirlos, a cambio, una impersonal y dura alma de ladrillajo.

Entre los arquitectos, como en todo, hay



el fino artista y el puro bruto. El arquitecto de pincel y el arquitecto de brocha gorda. Pero ocurre que la arquitectura es actividad determinante en nuestro modo de vida, en nuestra vida social y particular: nos agrada, nos relaja, nos aporta felicidad pasear por calles apacibles formadas por bellos edificios que dialogan en armonía y que reconocemos como nuestros, enraizados en una estética propia que viene del fondo de los tiempos y que se ha depurado a través de las generaciones hasta llegar a nosotros. Por el contrario, nos abruman, nos crispan las calles en las que proliferan espantosas construcciones que agreden, que aplastan, que entierran con sus feísimos muracos que se nos vienen encima; que no dialogan en voz de piedra callada, sino que chirrían y que gritan sólo con mirarlos o notarlos aunque no los miremos.

Hay edificios que, al verlos, emiten una suave y dulce música. Hay edificios que, al verlos, emiten horriblos chirridos y griterío. Hay edificios que nos calman. Hay edificios que nos golpean.

Hay arquitectos respetuosos, buenos arquitectos, a los que nadie conoce ni salen

en los periódicos que saben crear nuevas formas sin agredir ni violentar ni destruir lo anterior. Los buenos arquitectos nos alegran la vida, y es su actividad hermosísima y admirable, herederos, más bien, de los viejos maestros de obras. Suaves arquitectos de pincel.

En cambio, los arquitectos de brocha gorda perturban la ciudad y a sus habitantes. Emborronan la urbe. Certifican proyectos que no están en consonancia con la personalidad de la villa, con su herencia, sino que, muy al contrario, la alteran, la despersonalizan y la destruyen. A los arquitectos de brocha gorda se les podría aplicar, como lema, el título de aquella simpática película de Woody Allen: Toma el dinero y corre. Y así actúan.

Los hay que hacen obras que se pretenden el no va más; pero que resultan bodrios fuera de contexto, que no hacen ciudad ni la continúan ni la completan, sino que la rompen: no respetan su tradición ni su idiosincrasia, y rasgan la piel de la aldea dejando para muchas décadas, en su epidermis, la fea cicatriz de su edificio o de su obra.

Imbuidos de la idea, que al parecer está de moda, de que para construir deben destruir, los arquitectos brochagoreros arrasan la villa histórica; sustituyen una pacífica, blanda y entrañable arquitectura de tejados y balcones (o de la que sea propia de cada región, de cada clima, de cada país...) por otra, imitada e importada, de bloques gigantes y estresantes, auténticos monstruos de ladrillajo y cementón que nos engullen y triturarán, verdaderos monumentos al mal gusto, al dinero dudoso, a la especulación y a la codicia.

Si dejamos que los arquitectos de brocha gorda, previamente autorizados por ayuntamientos, digamos, descuidados; y aún antes, empujados por promotores cuyo único afán es forrarse de dinero fácil a costa de lo que sea..., si dejamos que modifiquen, alteren, destruyan, reconstruyan y sustituyan hasta ese punto la ciudad, entonces, ya no es la misma ciudad, sino otra muy distinta que mantiene el mismo nombre y algunas iglesias y palacetes, pero nada más. Y la sensación de arrasamiento de la memoria, de pérdida y de tristeza es desgarradora.

Y en las noches, por las esquinas del tiempo, se la oye, con quejidos lastimeros, preguntando por sí misma.



PUERTAREAL

ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS

Los otros perdedores

NO S tocó perder. Siempre hemos sido perdedores. La guerra la ganaron ellos, los sublevados, los que se instalaron en el palacete del paseo de la Quinta, en Burgos; sí, ése en cuyos jardines jugaba Carmencita, la hija de Francisco y Carmen, mientras su padre estaba en Capitanía, llevando sobre el mapa divisiones de mozos hacia el frente, detrás de unas banderas que nada les decían, esperando el permiso para volver a rondar a sus novias. Ese palacete de la Quinta que es ahora centro del Instituto de la Lengua, donde han puesto un retoño del ciprés de Silos. Pero nosotros, padre, no ganamos nada. ¿O era falso todo aquello? ¿Fueron ganancias los tres años que te chupaste de batallas, carreras y desfiles? Y si eras de los que ganaron ¿por qué pasamos tantas penurias? ¿Por qué no te instalaste en el sistema para vivir del cuento? ¿Por qué tan escaso y tan moreno el pan de nuestra infancia? Para mí que te engañaron; que se reían de aquellas manos de tu esposa, encallecidas de tanto lavar en los pilones con el frío de enero y las heladas. O quizá estoy soñando y no eran ciertos sus rezos, sus rosarios; los zurcidos que hacía en nuestras ropa y el jabón fabricado con tocino. Falsos eran los mulos que araban el majuelo y falso yo sentado con siete años en el trillo, mañana y tarde todo el mes de agosto.

Me quieres decir por qué los hijos de los que triunfaron no pudimos salir de la miseria, por qué tuvimos que emigrar y dejar para siempre las colmenas, las besanas, los oteros; ¿por qué no he vuelto a oír en primavera el canto del cuclillo, ni a beber en la fuente de El Cañuelo?

Y seguimos perdiendo. Ahora tampoco puedes alimentar un odio que no existe o una pena de herida mal cerrada. Sólo tienes recuerdos de una guerra en mala hora ganada; y la memoria de una larga postguerra de negruras, de lutos y estrecheces; de noches de estraperlo y despensas vacías.

Pero ni de esto estoy seguro, porque hay dudas de si el muerto está muerto. Baltasar espera que lo certifique un papel del registro, porque quiere empurarlo. A él y a otros muchos. Quizás a alguno de los que os mandaban trepar entre disparos por lomas y barrancas. Y les quiere cantar las cuarenta. Ha llegado su hora; los vencedores estar perdiendo todo lo que ganaron y gastaron. Y los vencidos están recuperando su dignidad pisoteada durante tantos y tantos años.

¿Pero a ti qué te queda? Los recuerdos de Potes incendiado, aquel tiro en el hombro, el miedo de las guardias, la marcha desde el Ebro hasta Valencia... Y luego la vuelta a casa y empezar otra vez a labrar; a escardar, sarmentar y beldar. A esperar que las nubes se acerquen preñadas de lluvia en abril y que el cierzo no hiele el almenadro florido.

Te tocó perder y nadie va a venir a compensarte por tanto sacrificio. Ni disfrutaste de un modesto economato donde comprobaban los que habían ganado, ni nos dieron las becas para estudio. Yo creo que jugaste al 'ganapierde'. No sé si hablar de tu caso a Baltasar, pero mejor no; está ahora con carga de trabajo. Me quedo con tu ejemplo, tus consejos, tu entereza.

Que ellos arreglen cuentas y se acabe, por fin, con tanta pena y que les llegue a los muertos en cunetas la paz del cementerio. Y mira que te digo, yo creo que perder es siempre bueno, si te acuestas tranquilo por la noche y ves feliz el sol cuando amanece, porque seguimos vivos.



EMILIO J. GARCÍA-WIEDEMANN

HAMOS asistido a la puesta en escena de un acto de esta tragicomedia, sainete, ópera bufa o como mejor gusten denominar este esperpento que conocemos como imposturas ante la crisis. El grito cerrado que, como fuenteovejunos, entonaron los próceres europeos en la asunción de medidas de 'rescate' pone de manifiesto la envergadura del problema y las pocas o nulas ideas verdaderas para afrontar con la valentía e imaginación que se merece el delicadísimo momento que vivimos. Si la intención era tranquilizar; no creo, sinceramente, que lo hayan conseguido, antes al contrario. El mensaje que se traslada es de una claridad evidente: la situación es extrema, tanto que requiere medidas muy excepcionales. No voy a entrar ahora en la bondad de las mismas y de cómo, al final, pueden resultar más perniciosas, si cabe. Basta con observar los constantes vaivenes de

la Bolsa para recomendar a los embarcados en esa 'montaña rusa' que tomen dosis masivas de fármacos específicos contra los mareos severos, ya que puede ser algo más que sintomático y revelar que la cuestión en sí va mucho más allá de un mero problema de liquidez, habida cuenta de las ingentes transfusiones dinerarias que los Estados han inyectado en el sistema, que se desangra a velocidad de crucero.

La crisis, pues, con y sin comillas, hace tiempo que está en la calle, objeto de mil y una conversaciones, chivo expiatorio, para algunos, y coartada perfecta de otras tantas operaciones, digamos, dudosas, para otros. Algunos comentan que están en crisis desde que nacieron, de manera que nada más habitual para ellos que lidiar con dificultades muy serias; otros no terminan de creerlo y, aun está el grupo de aquellos que piensa que algo harán quienes tienen capa-

Apuesta

la Bolsa para recomendar a los embarcados en esa 'montaña rusa' que tomen dosis masivas de fármacos específicos contra los mareos severos, ya que puede ser algo más que sintomático y revelar que la cuestión en sí va mucho más allá de un mero problema de liquidez, habida cuenta de las ingentes transfusiones dinerarias que los Estados han inyectado en el sistema, que se desangra a velocidad de crucero.

La crisis, pues, con y sin comillas, hace tiempo que está en la calle, objeto de mil y una conversaciones, chivo expiatorio, para algunos, y coartada perfecta de otras tantas operaciones, digamos, dudosas, para otros. Algunos comentan que están en crisis desde que nacieron, de manera que nada más habitual para ellos que lidiar con dificultades muy serias; otros no terminan de creerlo y, aun está el grupo de aquellos que piensa que algo harán quienes tienen capa-

la Bolsa para recomendar a los embarcados en esa 'montaña rusa' que tomen dosis masivas de fármacos específicos contra los mareos severos, ya que puede ser algo más que sintomático y revelar que la cuestión en sí va mucho más allá de un mero problema de liquidez, habida cuenta de las ingentes transfusiones dinerarias que los Estados han inyectado en el sistema, que se desangra a velocidad de crucero.

La crisis, pues, con y sin comillas, hace tiempo que está en la calle, objeto de mil y una conversaciones, chivo expiatorio, para algunos, y coartada perfecta de otras tantas operaciones, digamos, dudosas, para otros. Algunos comentan que están en crisis desde que nacieron, de manera que nada más habitual para ellos que lidiar con dificultades muy serias; otros no terminan de creerlo y, aun está el grupo de aquellos que piensa que algo harán quienes tienen capa-

PIEDEPÁGINA

ciudad de hacer para que el derrumbe no sea de dimensiones verdaderamente espectaculares. La economía real se va resintiendo, la contracción del consumo es una evidencia y la búsqueda de salidas personales a la situación pasa, 'modus hispánicus', por el anhelado pelotazo. No es casual, que en los tiempos de crisis, se incrementa de manera notable la cantidad que se gasta en juegos de azar. El otro día, presencié una apuesta singular, tanto por los apostantes, como por lo apostado y, también, por el objeto de la misma. Ambos, personas con sólida formación intelectual, solventes en sus respectivos ámbitos profesionales y, por lo oído, muy al tanto de los avatares del día. El pago, una, y sólo una, rubia espumosa, bien fría, claro. El uno sostiene que, después de unos semestres de horror, en septiembre de 2009, repuntará la economía; el otro, que será mucho más prolongada en el tiempo, con efectos colaterales que no podemos ni siquiera imaginar en este momento. Ahí está el guante. ¿Cuál es su apuesta?